

ron los tres cazadores ayudarse uno á otro, acometiendo al paquidermo por un lado tan luego como este atacaba á otro de sus adversarios. Esta maniobra continúa hasta que uno de los hombres logra cortar el tendón de Aquiles del elefante, el cual cae á consecuencia de la herida, pudiendo entonces los cazadores matarle impunemente y sin gran trabajo con sus machetes.»

Los negros del territorio del Nilo superior, según dicen Heuglin y Schweinfurth, abren profundas zanjas en los caminos por donde los elefantes acostumbran á pasar cuando van á beber; estas zanjas se estrechan hácia el fondo en forma cónica, y á veces están provistas de estacas puntiagudas; los indígenas las cubren cuidadosamente á fin de que el astuto paquidermo no sospeche nada, esparciendo despues sobre la trampa excrementos animales para que parezca mas seguro el camino. Despues construyen barricadas á los lados de este, de tal modo que los animales se vean casi obligados á pasar por él. Allí donde lo permite la naturaleza del terreno, construyense estos fosos en los valles estrechos.

Varios batidores recorriendo un espacio bastante extenso, ahuyentan á los elefantes, obligándoles á emprender la retirada por el peligroso valle; de modo, que es casi seguro que caerán en los fosos, los cuales no ven en la rapidez de la fuga.

Otro procedimiento consiste en ponerse al acecho en los árboles que producen el alimento favorito de esos animales: al pasar uno arrojándole entre las espaldillas una lanza ancha y afilada, de un metro de longitud, á cuyo mango se da mayor peso por medio de un pedazo de barro; este último cae al primer movimiento del animal herido, y la lanza penetra mas en la herida, por efecto del balanceo del mango y por los esfuerzos del elefante para sacar el arma, que muy pronto produce la muerte de la víctima. Los buitres que luego se reúnen y describen sus círculos sobre el cadáver indican al cazador el lugar donde el elefante ha muerto.

En el oeste del Africa, según Du Chaillu, los negros entrelazan bejucos, formando redes con las que cercan ciertos parajes del bosque, hácia los cuales ahuyentan á los elefantes; perseguidos estos de cerca, detienen ante el ramaje entrelazado, sin saber si deben avanzar ó retroceder, y entonces los cazadores arrojan centenares de lanzas contra los mas grandes, hasta que sucumben á las heridas.

Los nyamnyam acostumbran á no quemar varios sitios de la estepa, cubiertos de yerbas de cuatro á cinco metros de altura, hasta que se presentan elefantes; entonces llaman con un redoble de sus tambores de guerra, que resuenan en los diversos pueblos, á todos los cazadores, los cuales se reúnen á miles al cabo de pocas horas, y despues de cercar el espacio de una legua cuadrada ó mas aun, ahuyentan á los elefantes hácia la espesura y la encienden, rechazando á cuantos tratan de huir á fuerza de lanzadas y con sus hachas encendidas. Los que no sucumben á los golpes perecen entre las llamas ó sofocados por el humo, ó ya á consecuencia de una lanzada bien dirigida.

La conducta de los nobles animales en la agonía es capaz de enternecer el mas empedernido corazón. Los negros contaron á Heuglin, que los elefantes que han tenido la suerte de librarse de una trampa, se esfuerzan por salvar á un compañero caído en el foso; revuelven con sus colmillos la tierra al rededor de este, para llenarle poco á poco, y hasta se sirven de su trompa para ayudar al prisionero á huir. Schweinfurth dice, según sus propias observaciones, que cuando los elefantes se ven amenazados por las llamas, reconociendo que ya no pueden escaparse, reúnen al rededor de sus pequeños, los cubren con yerba y los mojan, para salvar cuando menos su prole. Así proceden los cariñosos padres hasta

que, atolondrados por el humo y el calor, y desfallecidos por las quemaduras, caen y sucumben á la crueldad del hombre.

Los verdaderos cazadores de elefantes persiguen á las piezas en el seno de las selvas vírgenes, y las matan para obtener el marfil. Los indígenas que llevan armas de fuego, levantan la pieza; el cazador se acerca todo lo posible, y con una carabina de mucho calibre, apunta al cráneo por detrás de la oreja; el buen tirador no suele necesitar dos disparos, y mas de una vez han quedado heridos dos elefantes por dos tiros seguidos.

Esta cacería es menos peligrosa de lo que parece: no cabe duda que el animal irritado puede precipitarse sobre su enemigo y destrozarle bajo sus pies; pero las tres cuartas partes de los cazadores que se hallan en peligro pueden escapar aun. La timidez del elefante se sobrepone bien pronto á su cólera: Tennent cita el caso de cierto solitario que persiguió á un indio hasta la ciudad, le alcanzó al fin en medio del bazar y le pisoteó; pero este es un caso excepcional.

En el Africa no suele ocurrir tampoco desgracia alguna, aunque los cazadores que aquí persiguen á los elefantes sean en general poco prácticos, y por mas que se debe temer al *fil* cuando está irritado. Rápido é impetuoso, sin hacer aprecio de ningun obstáculo, según dice Heuglin, el coloso se precipita sobre sus agresores; pero no los persigue mucho despues de alcanzar la victoria. A pesar de esta moderación, todos evitan en lo posible el ataque del elefante, pues cuando efectivamente le domina la cólera, produce en el hombre una impresión que nunca olvida. Esto se comprende fácilmente, aunque sea solo por el tamaño colosal del paquidermo, que hace retremblar la tierra con sus gigantescos pies. Levantada la trompa, erguidas un poco las enormes orejas, y agitando la cola corta y cerdosa, precipitase furioso é irresistible sobre el enemigo; su parte anterior parece aumentar en altura; su aspecto es mas imponente; en la parte posterior sobresalen mas los repliegues de la piel; toda la enorme mole avanza con rapidez, sin hacer aprecio de ninguna resistencia; y los bufidos de ira alternan con los gritos de rabia, sonidos de que no podría formar idea el que nunca los oyó. Si en tales circunstancias el irritado coloso alcanza á su adversario, no hay remedio para este ni salvación posible.

Mas atractivo ofrece, y mas humano es el medio de que se valen los cazadores para apoderarse de los elefantes salvajes á fin de domarlos. Se trata de sorprender á los prudentes paquidermos, de subyugarlos y someterlos al servicio del hombre, y en este arte son maestros los indios. Los cazadores de elefantes constituyen una verdadera casta, pues el oficio se trasmite de padres á hijos, siendo asombrosa su destreza, prudencia, astucia y osadía. Dos hombres solos se dirigen al bosque y se apoderan de un elefante en medio de su familia; la cosa parece imposible, y sin embargo, es verdad.

Los mas intrépidos cazadores de elefantes de Ceilan son los panikis; habitan los pueblos árabes del norte y noroeste de la isla, y son muy estimados desde hace varios siglos. Diríase que persiguen á su presa por instinto, siendo los que acompañan á los crueles europeos cuando organizan lo que ellos llaman cacerías. Siguen la pista del elefante como un buen perro la del ciervo; reconocen al momento cuál es el número de individuos de la manada, y cuál el tamaño de los mayores y de los mas pequeños. Indicios imperceptibles para la vista del europeo son para ellos un libro abierto en el que leen sin equivocarse; su valor corre parejas con su prudencia; hacen con el elefante lo que quieren; le asustan ó le encolerizan á su antojo.

Su arma única es un sólido lazo de piel de ciervo ó de búfalo, el cual arrojan al pié del paquidermo apenas le divi-

san. Pero ¿cómo hacen para deslizarse desapercibidos hasta muy cerca de un animal tan tímido? Esto es un enigma: mientras el uno sujeta el pié del elefante con su lazo, el compañero ata el otro extremo de la correa á un árbol, y cuando no le hay, hostiga al paquidermo, atrayéndole á un bosquecillo, donde encuentra un tronco á propósito. El animal cautivo se revuelve furioso; pero el hombre le conoce bien y consigue domarle pronto.

Apela primeramente á los medios terroríficos, al agua y al humo; despues priva del alimento y de la bebida á su prisionero; no le deja en reposo y le hostiga de todas maneras. Mas tarde cambia de táctica, y trata á su elefante todo lo mejor posible. En una palabra, los indios se valen de los artificios mas diversos, y en poco tiempo convierten al furioso animal en un sér completamente sometido á su dominio.

El europeo no puede acompañar á estos hombres en sus expediciones, porque lo echaría todo á perder; por lo tanto debemos contentarnos con los relatos que hemos podido adquirir. Toma en cambio una parte muy activa en las grandes cacerías al ojeo, en las cuales suelen quedar cien elefantes en poder del hombre: Tennent ha descrito una de ellas con tal atractivo, que no resisto al deseo de transcribir aquí en extracto sus propias palabras; dice así:

«En un sitio fresco y agradable del bosque encontramos unas gradas que fueron levantadas para nosotros en las inmediaciones del corral; formaban una especie de chozas, cubiertas de ramaje, de yerba y hojas de palmera; habíase arreglado tambien un comedor, cocinas y cuerdas; y á decir verdad, no podía estar aquello mejor dispuesto para disfrutar cómodamente. Los indígenas lo habían construido todo en pocos días.

«En otro tiempo hacían los naturales forzosamente semejantes preparativos; era uno de los servicios obligatorios que prestaba el pueblo á sus señores. Los holandeses y los portugueses, y mas tarde el gobierno británico, lo exigieron así hasta 1832, época en que se abolió este servicio. Ocupábanse en él de 1,500 á 2,000 hombres, los cuales debían construir el corral, reunir los elefantes, tener centinelas, alimentar los fuegos, y encargarse de todas las minuciosidades propias de semejante cacería. Desde la abolición no es difícil, sin embargo, obtener el concurso voluntario de los indígenas; y el gobierno paga los preparativos que ocasionan realmente gastos, tales como la construcción del corral y sus dependencias, la compra de estacas, cuerdas, armas, flautas, tambores, carabinas, etc.

«Eligese para esta cacería la época del año en que los campos de arroz no pueden deteriorarse tanto: el pueblo, independientemente de la distracción que le ofrece la cacería, tiene el mayor interés en que disminuya el número de los elefantes, pues destrozan los jardines y los campos; y los sacerdotes promueven tambien la persecución contra estos animales porque devoran las hojas de un árbol sagrado, sin contar que les gusta tener elefantes para el servicio de sus templos. Los grandes personajes cifran su orgullo en que se vea el número de sus servidores y se reconozcan las cualidades de los animales domesticados que prestan para la cacería; y muchos campesinos encuentran trabajo para varias semanas, pues deben clavar estacas, abrir senderos á través de los juncales, y auxiliar á los ojeadores.

«Para terreno de caza se elige un sitio situado cerca de uno de los caminos que mas frecuentan los elefantes; es necesario que se halle próximo á una corriente, para que los animales puedan beber cuando se les atrae, ó bien bañarse y refrescarse cuando se les doma. Al construirse el corral se tiene cuidado de no destrozar los árboles y ramaje que hay en el interior del recinto, particularmente por el lado de la

entrada, porque es de todo punto necesario que se oculte bien de cerca.

«Las estacas que se emplean tienen de 0^m,20 á 0^m,25 de grueso; se lavan en tierra á la profundidad de un metro, y sobresalen á una altura de 4 á 5 metros; el espacio que media entre una y otra debe ser bastante grande para que pueda pasar un hombre, y entre todas ellas se entrelazan lianas ó bambúes dando mas solidez al conjunto con una especie de botareles ó estribos. El recinto de que hablo tenía unos 150 metros de largo por 75 de ancho: en un extremo se había practicado una abertura que podía cerrarse inmediatamente con unas vigas; y de los dos extremos de aquel por donde debían llegar los elefantes, arrancaban dos cercas dispuestas como las paredes del recinto y cuidadosamente ocultas con árboles. Si la manada no penetraba en el espacio de aquel, y se desviaba á derecha ó izquierda, encontraba tambien un obstáculo, y se veía precisada á pasar por la abertura de que hemos hecho mención. En un bosquecillo se había dispuesto un estrado para el gobernador y las personas convidadas; dominábase desde él toda la escena y se podían presenciar las diversas peripecias de la caza desde el momento en que los elefantes penetraban en el recinto.

«Inútil parece decir que por fuerte que sea la cerca no resiste el peso de un elefante que se precipita contra ella violentamente, habiendo ocurrido casos de este género, cuyo resultado es que se escapase toda la manada. No obstante, se cuenta mas con la timidez de estos animales, que no conocen toda su fuerza, y con la osadía y habilidad de los que toman parte en la cacería.

«Cuando el corral está terminado comienza el trabajo de los batidores: llegan á formar á veces un círculo de varias leguas á fin de que sea mayor el número de los elefantes. Aquellos hombres deben proceder con gran cautela y prudencia, cuidando sobre todo de no inquietar á los animales, á fin de evitar que huyan en direcciones opuestas á las que deben seguir. Estos pacíficos paquidermos no desean mas que pacer con tranquilidad, y teniendo en cuenta que se alejan apenas se les inquieta, no se les debe molestar sino lo preciso para que sigan la dirección apetecida. De este modo se consigue reunir varias manadas, y ahuyentarlas de día en día hácia el corral. Si se inquietan ó manifiestan agitación, se recurre á otros medios mas violentos para impedir que se escapen. Al rededor del sitio que ocupan se encienden de trecho en trecho hogueras que se alimentan día y noche: los ojeadores, en número de dos á cinco mil, se ocupan en abrir senderos á través de los juncales, para establecer la comunicación en toda la línea; y los jefes vigilan sin cesar para que cada uno permanezca en su puesto, pues un descuido en cualquier punto puede ser causa de que la manada se escape, inutilizándose así el trabajo de varias semanas. Por lo mismo se procura burlar las tentativas que hacen los elefantes para retroceder, y al efecto se reúne bastante gente en el sitio por donde parece que tratan de pasar. Por fin tocan en el corral las dos alas de los ojeadores; su línea ocupa la extensión de una legua y solo esperan ya la señal.

«En todos estos preparativos se emplearon mas de dos meses, y acababan de terminarse cuando llegamos á tomar asiento en el estrado, desde donde podíamos ver la entrada del corral. Cerca de nosotros, y á la sombra, había un grupo de elefantes domesticados, que los príncipes y sacerdotes habían mandado para contribuir á la captura de los salvajes. Ocultas en los junco, y junto á la cerca, veíanse tres manadas distintas, que representaban un total de 40 á 50 individuos. Estaba prohibido hacer ruido alguno; solo se hablaba en voz baja, y el silencio de los ojeadores era tal, que se oía el leve rumor producido por un elefante al arrancar una hoja.

» De repente se dió la señal é interrumpieron el silencio del bosque los gritos de los centinelas, el redoble de los tambores, y las detonaciones de las armas de fuego. El ruido comenzó en el punto mas lejano, de manera que ahuyentase á los elefantes hácia el corral; los ojeadores habian permanecido silenciosos hasta que pasó la manada, y entonces unieron sus gritos á los otros; aumentábase el estrépito á cada instante; los elefantes trataron varias veces de romper la línea: pero fueron rechazados siempre por atronadores gritos, redobles de tambor y pistoletazos.

» Por fin nos advirtió el crujido del ramaje y de la hojarasca que se acercaban los elefantes; lanzóse el guia fuera de los juncos y se acercó á unos 20 metros de la abertura; solo faltaba un instante para que penetrasen en el corral; pero de repente se desviaron á la derecha y volvieron á donde estaban. El jefe de los ojeadores vino á explicarnos el hecho, y nos dijo que acababa de aparecer de improviso un jabalí, el cual pasó por delante del guia. Añadió que como era mucha la excitacion de los elefantes pedían los cazadores que se suspendiese la continuacion hasta la tarde, porque entonces se podría aprovechar la oscuridad y el resplandor de las antorchas.

» Despues de la puesta del sol redobló el interés del espectáculo: las hogueras, que solo habian humeado durante el día, brillaron vivamente, difundiendo un rojizo reflejo en la oscuridad, é iluminando los diversos grupos con fantásticos resplandores. Ascendía el humo en forma de angostas espirales á través del espeso follaje de los árboles; guardaban los espectadores el silencio mas profundo y solo se oia el vuelo de los insectos. De repente resonó el redoble de un tambor seguido de un disparo; aquella era la señal de continuarse la persecucion; arrojáronse hojas secas en los fuegos; encendióse toda una línea de llamas; solo en la parte del corral seguia dominando la oscuridad mas profunda, y al fin llegaron á ella los elefantes. Presentóse el guia en la entrada; se detuvo un momento para mirar á su alrededor, y bajando luego la cabeza se precipitó en el recinto seguido de toda la manada.

» En el mismo instante iluminóse el corral como por encanto, y cada uno de los cazadores se lanzó presuroso, llevando en la mano una tea encendida.

» Los elefantes avanzan hasta el extremo del recinto: encuentran un obstáculo, retroceden y tratan de ganar la puerta, pero la encuentran cerrada. El terror llega á su colmo: corren con rápidos pasos alrededor del corral, mas el fuego los rodea por todas partes; procuran derribar la estacada, pero se les aleja agitando las antorchas, y por donde quiera que se acercan, oyen el ruido de las detonaciones. Luego se reúnen en compacto grupo y permanecen inmóviles; al cabo de algunos momentos se lanzan de nuevo, cual si hubiesen visto una abertura: pero rechazados otra vez, van á situarse en medio del corral.

» Aquel espectáculo no interesaba solo á los espectadores, sino tambien á los elefantes domésticos: al acercarse la manada salvaje, despertóse su atencion, y dos individuos, que estaban atados en primer término, se excitaron de tal manera, que cuando la manada penetró en el corral, uno de ellos rompió sus ligaduras y se lanzó en su seguimiento, derribando un árbol bastante grueso que se oponia á su paso.

» Durante mas de una hora recorrieron los elefantes el corral sin perder la esperanza de salir, procurando derribar la estacada. A cada nueva tentativa frustrada lanzaban un mugido de furor. Esforzábanse cada vez mas por derribar la puerta; hubiérase dicho que sabian que debia haber allí alguna salida; pero aturdidos y ensordecidos, alejábanse siempre de ella. Bien pronto comenzaron á desistir de sus tentativas; al-

gunos individuos corrian de un lado á otro, volviendo despues á reunirse con sus compañeros, y cansada por último toda la manada, reunióse en un grupo, con los mas pequeños en el centro, y permaneció inmóvil en medio del corral.

» Entonces se tomaron las disposiciones para la noche: triplicóse el número de centinelas al rededor del recinto, y se alimentaron sucesivamente los fuegos para que llameasen hasta la salida del sol.

» Los ojeadores habian reunido tres manadas de elefantes, pero estas se mantuvieron siempre separadas una de otra; solo una penetró en el corral, y como se habia cerrado la puerta, estaban fuera las otras dos, ocultas en los juncos. Para impedir que se escapasen, pasaron algunos ojeadores á ocupar su primer puesto; encendiéronse de nuevo las hogueras, y una vez tomadas todas estas medidas, nos retiramos á nuestra morada, que distaria solo treinta pasos del corral. Interrumpió nuestro primer sueño el ruido que hacian los hombres apostados en el bosque y los gritos con que rechazaban las tentativas de los elefantes para escaparse. Al rayar la aurora, todo estaba tranquilo; y cuando salió el sol dejáronse apagar los fuegos. Al rededor del recinto habia muchos hombres y muchachos armados de picas y largos palos; en medio estaban los elefantes rendidos de fatiga, tranquilos y dominados por el asombro. Solo nueve habian quedado prisioneros, de los cuales eran tres grandes y dos pequeños; uno de los primeros era un solitario, que no formaba parte de la manada, y que solo permanecia junto á ella.

» Entonces se dió orden para que entrasen en el corral los elefantes domésticos, á fin de apoderarse de los cautivos; preparáronse los lazos, se quitaron con precaucion las vigas que cerraban la puerta, y entraron silenciosamente dos individuos domesticados, montado cada cual por su conductor y un ayudante, provisto de un fuerte collar del cual pendían dos cuerdas de piel de antilope, terminadas por un nudo corredizo. Al mismo tiempo, y oculto por ellos, deslizóse en el recinto el jefe de los cazadores de elefantes, deseoso de tener la gloria de apoderarse del primer animal. Era un hombre pequeño, vivaz, de unos sesenta y dos años de edad, y que habia recibido en otras ocasiones dos medallas de plata como recompensa honorífica por sus servicios; acompañábase su hijo, tan célebre como él por su valor y destreza.

» Empleáronse en aquella cacería diez elefantes domesticados: dos pertenecian á un templo vecino; cuatro eran propiedad de los príncipes de las inmediaciones, y los otros procedian de las cuadradas del gobierno: dos de estos últimos fueron los que habian penetrado en el corral.

» El uno, de muy avanzada edad, se hallaba al servicio del gobierno holandés hacia mas de un siglo, pasando luego á ser propiedad de los ingleses; el otro, llamado *Siribeddi*, tenia unos cincuenta años, y era notable por su docilidad é inteligencia. Semejante cacería estaba muy conforme con sus inclinaciones: avanzó por el corral lentamente y con indiferencia, dirigiéndose con tranquilidad hácia los individuos cautivos, y deteniéndose de vez en cuando para coger alguna hoja. Luego se acercó á los elefantes salvajes, que salieron á su encuentro, y despues de acariciarle el guia con la trompa, volvió á reunirse con sus compañeros.

» Siguióle *Siribeddi* con lento paso y se colocó junto á él de tal manera, que el viejo cazador se pudo deslizar entre sus piernas para fijar el lazo en uno de los piés posteriores del animal salvaje. Este observó al momento el peligro, sacudió la cuerda y volvióse contra el hombre, que hubiera pagado bien cara su temeridad si *Siribeddi* no le hubiese protegido con su trompa rechazando al agresor. A pesar de esto quedó herido ligeramente, y le reemplazó en el acto su hijo Raughanie.

» Los elefantes formaron entonces un círculo, con la cabeza en el centro: dos de los domesticados se deslizaron atrevidamente entre ellos, colocándose cada uno al lado del mayor; este no opuso resistencia alguna, pero manifestó su descontento levantando á cada instante una pierna despues de otra. Raughanie avanzó entonces con su nudo corredizo en las manos, cuyo extremo estaba sujeto al collar de *Siribeddi*, y aprovechando el momento en que el elefante salvaje levantaba el pié posterior, se lo pasó rápidamente, oprimió y se retiró presuroso; los dos elefantes domesticados se alejaron tambien; *Siribeddi* tendió la cuerda en toda su extension, y mientras separaba de este modo al animal cautivo del resto de la manada, colocábase su compañero entre uno y otra para interceptar el paso.

» Tratábase de atar al paquidermo á un árbol; pero era necesario obligarle á que recorriese un distancia de 20 metros, lo cual no se pudo hacer sin que opusiese una enérgica resistencia; rugia ruidosamente, y pisoteaba los arbolillos cual si fuesen cañas; pero *Siribeddi*, que tiraba siempre, logró pasar la cuerda al rededor de un tronco, avanzando con mucha precaucion á fin de conseguir su objeto. Para esto se hacia necesario pasar entre el árbol y el animal, al que era preciso sujetar, lo cual parecia imposible; el segundo elefante doméstico vió la dificultad y acercóse á prestar su auxilio; empujó al cautivo, mientras que *Siribeddi* tiraba de la cuerda tendida, y el animal quedó al fin junto al tronco del árbol, donde le sujetó el cazador. Se le pasó un segundo lazo por la otra pierna posterior, para sujetarla al mismo árbol, y despues se le ataron las dos piernas con cuerdas engrasadas para evitar las heridas y la supuracion.

» Los dos elefantes domésticos auxiliaron tambien á Raughanie para que atara las dos piernas anteriores del animal, sujetándolas á otro árbol: la operacion quedaba ya terminada, y el hombre y los animales abandonaron entonces su presa para ir á buscar otra. Mientras que los elefantes domesticados estuvieron cerca del pobre cautivo, este se mantuvo inmóvil, sin oponer resistencia; pero al verse solo trató de librarse para volver con sus compañeros; procuró deshacer los nudos con su trompa; tiraba hácia atrás para desprender los piés delanteros, y hácia adelante para romper la ligadura de los posteriores; todo el ramaje del árbol retemblaba; el animal mugia levantando la trompa, y oprimia luego con ella el suelo cual si quisiera hundirle. Por fin perdió toda esperanza y se mantuvo inmóvil, verdadera imagen del aniquilamiento y de la desesperacion. Raughanie se acercaba entre tanto al estrado del gobernador para recibir la recompensa concedida por la captura del primer elefante; y habiendo sido saludado por una lluvia de rupias, volvió á continuar su peligrosa tarea.

» El segundo animal que fué separado de la manada, era una hembra, y quedó sujeto como el primero; pero cuando se le puso la cuerda en las piernas anteriores, cogióla con la trompa, se la llevó á la boca, y la hubiera cortado muy pronto, si uno de los elefantes domesticados no hubiese puesto el pié encima bajando asi el lazo.

» Es cosa singular que los elefantes salvajes no intenten acometer nunca ni derribar á los conductores que montan sobre los individuos domesticados; de tal modo que pueden penetrar sin temor en medio de una manada. «Parece, dice el mayor Skinner en una carta, que en medio de un corral se está libre de las acometidas de los elefantes cuando se monta en uno doméstico. Yo ví una vez al anciano príncipe Mollégadde en medio de una manada salvaje, montado en un individuo tan pequeño, que la cabeza del hombre no sobresalia apenas del lomo de aquellos animales. Inquietábame un poco verle allí; pero no le sucedió nada.»

» Cuando los elefantes se vieron sin sus jefes, redobló la excitacion; pero por mucho que sintiesen la desgracia de sus compañeros cautivos, no hicieron nada para intentar libertarlos. Acercábanse á ellos, entrelazaban sus trompas, les lamian el cuello y los miembros, y daban las mayores señales de tristeza, mas no hacian esfuerzo alguno para romper sus ligaduras. En aquel momento se podia observar bien la diferencia de carácter de estos animales: los unos se rendian despues de una ligera resistencia; otros se arrojaban al suelo tan violentamente, que cualquier otro animal se hubiera matado; desahogaban su cólera en los árboles que podian coger; los arrancaban, y esparcian hojas y ramas á su alrededor. Ciertos individuos no dejaban oír su voz; otros mugian furiosamente, y cansados luego, ó poseidos de desesperacion, no emitian sino sonidos sordos y plañideros. Algunos estaban echados é inmóviles, y solo las lágrimas que corrian de sus ojos indicaban cuánto sufrían; muchos individuos, dominados por la rabia, ejecutaban los mas singulares movimientos, y sus posturas nos parecian tanto mas sorprendentes, cuanto creíamos que el elefante era un animal pesado y poco ágil. Cierta individuo tenia la cara apoyada en tierra, las patas posteriores extendidas hácia adelante, y el cuerpo replegado de tal manera, que las patas posteriores aparecian tambien por delante.

» Todos agitaban en diversos sentidos su trompa, semejante á un gusano gigantesco, sin hacerse nunca daño; uno la retiraba, extendíala luego, y la encorbaba como un resorte; otro, inmóvil un momento, golpeaba la tierra con el extremo de este órgano á la manera que el hombre desesperado se da una palmada en la rodilla.

» La sensibilidad de los piés de este animal es en verdad sorprendente, sobre todo teniendo en cuenta la estructura y solidez de dichos órganos y lo grueso de la piel. Bastábales á los cazadores tocarlos ligeramente con una hoja para que se levantasen los animales, los cuales se apercebían al momento del contacto del lazo, y cuando podían apoderarse de él con su trompa, acercaban el otro pié para cogerlo rápidamente.

» Casi todos los elefantes golpeaban el suelo con sus piés anteriores; cogian la tierra ó la arena con su trompa, y se la echaban encima con mucha destreza; introducian despues en su boca la punta de dicho órgano, llenábanlo de agua y se rociaban el lomo, hasta que conseguían mojar el polvo completamente. Yo estaba admirado al ver la cantidad de líquido que sacaban; cubriábase con una verdadera capa de barro: siendo de advertir que hacia veinticuatro horas que no habian podido acercarse al agua, pues se hallaban extenuados por la lucha y el terror. Ya se podrá comprender por lo dicho, cuán grande es la cantidad de líquido que encierra su estómago.

» La conducta de los elefantes domesticados era realmente notable: daban pruebas de la mas perfecta inteligencia en todos sus movimientos; sabian cuál era el objeto que debian conseguir, y cuáles los medios necesarios para ello; hubiérase dicho que aquella cacería les divertia mucho, y no por malignidad, sino porque les parecia un agradable pasatiempo. Su prudencia y precaucion no eran menos sorprendentes: jamás hubo por su parte desorden ni exceso de celo; ninguna vez se enredaron en los lazos, ni causaron daño alguno á los individuos prisioneros en las luchas que con ellos debieron sostener. En mas de una ocasion, cuando uno de estos adelantaba su trompa para coger el lazo que le iban á pasar por el pié, separóla al momento *Siribeddi*. No parecia sino que aquellos elefantes domésticos tomaban á juego el terror de los salvajes, burlándose de su resistencia: si retrocedian, empujábanlos hácia adelante; si trataban de huir,